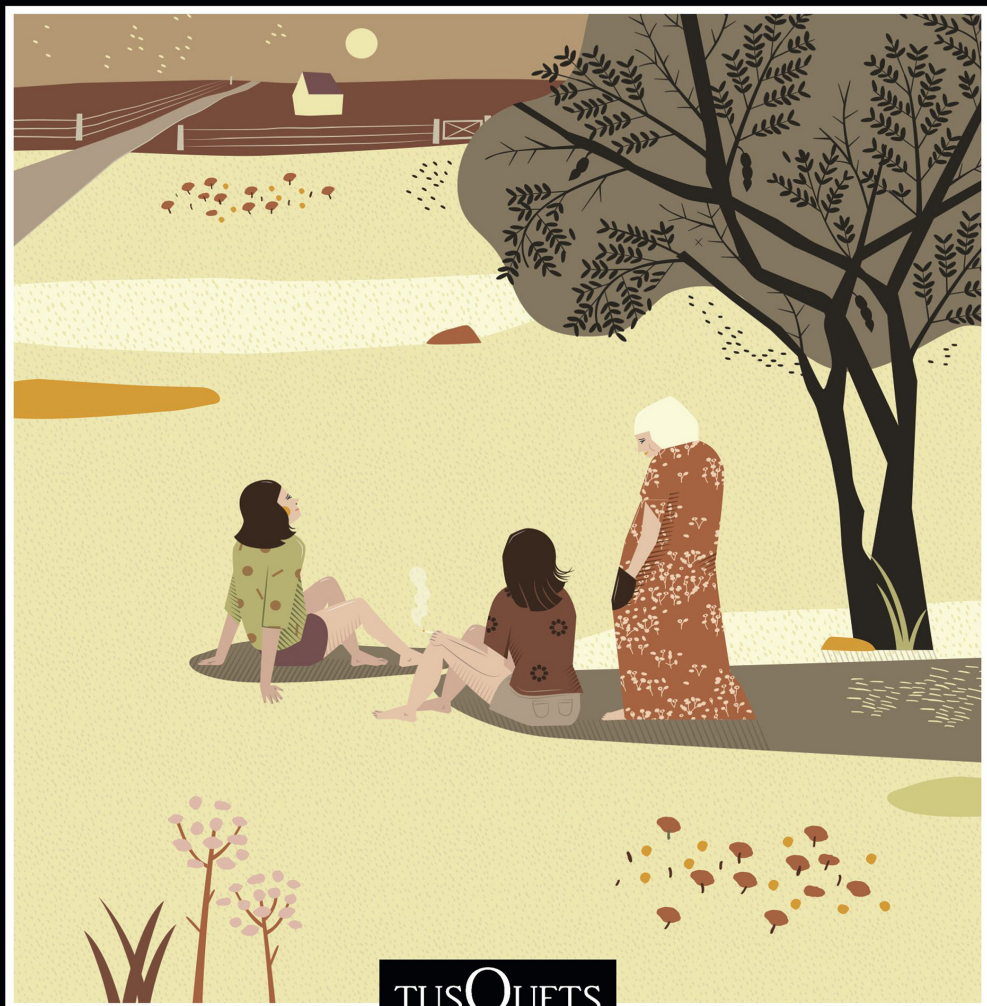


Luciana Sousa

CUANDO NADIE NOS NOMBRE

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LUCIANA SOUSA
CUANDO NADIE NOS NOMBRE

TUSQUETS
EDITORES

El ventarrón golpea con violencia la reja del frente y espanta a los aguiluchos. Una ráfaga solitaria. Asomo la nariz a la puerta e inspiro ese aire nuevo. Después inclino la cabeza, pongo el cigarrillo entre los labios y hago un hueco con las manos protegiendo la llama débil y azulada que baila sobre el encendedor. Calo profundo, como no lo hacía en mucho tiempo, y exhalo el aliento venenoso hacia afuera, al mundo abierto tras esa puerta y, más adelante, la reja, el camino de tierra y el campo baldío, enfrente.

—Ya se durmió.

Mamá pasa a mi lado y se sienta en uno de los sillones de mimbre de la galería, el único que todavía conserva un almohadón. Las dos, en silencio, miramos el camino desierto.

De reajo, veo que cruza una pierna sobre la otra y enciende su cigarrillo, tal como lo hice yo un minuto antes. Después se echa hacia atrás, hasta descansar el cuello sobre el respaldo. Se toma la frente y cierra los ojos. Fuma con los dedos estirados, rígidos, sin alejar la mano de la boca fruncida en lo alto del mentón.

Apoyada sobre el marco de la puerta, miro el cuerpo encogido, arrugado y marrón de mi madre.

Un cuero animal.

Las raíces oscuras le crecen entre el pelo reseco y descolorido, como la maleza de las tierras baldías. Estoy tentada de extender mi mano y tocarlo. Ver cómo lo han endurecido los años y sentir en ella el paso del tiempo, la aspereza de ese pelo viejo, que imagino como la viruta de ciertas esponjas.

Pero no lo hago.

En cambio, descanso la vista sobre la cerca. El sol, oculto tras las nubes bajas, se siente en esa luz blanca y porosa que calienta el camino hasta dilatar los contornos del paisaje. Y del tiempo, elástico y absorbente, que pasa en este lugar como el eco tardío de algo que sucede lejos.

Un minuto después, el viento ya no corre. Ni siquiera una brisa. El sol apenas inclinado fija sobre el horizonte la quietud de todas las cosas. El temple oscuro del cielo, como una manta, va cubriendo los campos por el oeste. De nuevo es como si un bloque de aire vaporoso y espeso se hubiera instalado a la altura del pecho, sofocando el poco oxígeno.

—¿Qué te dijo el médico? —le pregunto al fin, evitando mirarla.

—En los estudios no sale nada.

—Pero un neurólogo, ¿la vio?

—No ve nada raro.

La voz se le vuelve un vidrio astillado.

Me rasco la nuca y le digo que voy a preparar unos mates. Apenas cruzo la puerta, me traga la espesa oscuridad de la casa. A tientas, los ojos todavía buscando la

claridad, reconozco ese aroma íntimo y agrio, y el fresco de la baldosa bajo las alpargatas.

Cierro los ojos: camino a ciegas. Adivino el mapa de muebles, puertas y pasillos que se abren en la arquitectura de la casa, y hasta el dominó de portarretratos familiares, juntando tierra sobre las repisas, entre suvenires descoloridos y figuras llenas de polvo.

Tropiezo en el camino con un montón de cajas, bolsas de consorcio mal cerradas y otros bultos de formas irregulares, como lámparas, almohadones y zapatos, que entorpecen el paso. Están desparramados en la sala desde hace días. Mamá también tropieza de tanto en tanto con ellos, pero igual los deja ahí: dice que son cosas que hay que tirar, aunque no las tire todavía. Mientras tanto, quedan en el limbo que es el pasillo angosto que organiza la casa, como una especie de signo del desacomodo de estos días.

En la cocina, el ventanal de vidrio esmerilado filtra la luz grisácea de la tarde. Hay un silencio frágil, como de cáscara de huevo.

Sobre el postigo se seca la piel de una naranja, junto a una rama mustia de cedrón. Los olores se mezclan en ese espacio que de chica recuerdo enorme, y ahora me parece diminuto: el hedor de un queso que se macera sobre la heladera, el durazno hervido dentro de la olla, listo para hacer dulce, y el agua con jabón, empozada y podrida, en el hueco que se forma detrás de la canilla.

Sobre el primer estante, a la altura de mis costillas, veo la hilera de frascos de vidrio. Están rotulados, con cinta. La letra es de mamá.

No hay café y la avena se llenó de gorgojos.

Más arriba, entre las alacenas, se levanta el enchapado sepia de la melamina y deja ver hilos de pegamento amarillo que ya se han secado.

Pienso que tendría que limpiar un poco este desorden; volver a buscar el brillo de las superficies, tirar la basura, airear el espacio. En cambio, prendo la hornalla, lleno de agua la pava y descargo el peso de las caderas en la mesada de granito. Tengo la mente en blanco: como una mancha, el mismo sentimiento recorre el cuerpo hasta desprenderse por la punta de los dedos, por goteo. Me descalzo y apoyo la planta entera del pie sobre el piso, dejando que el frío trepe por las piernas, como una descarga eléctrica.

Por un momento lo logro: no pienso en nada.

Antes de que silbe el hervor, saco el agua del fuego. El primer sorbo, amargo, lo escupo en la pileta. El segundo lo mantengo en la boca: un buche quieto, antes de tragarlo. Todavía estoy apoyada sobre la mesada cuando aparece la abuela. Lleva el camisón blanco, acampanado y traslúcido, cubriendo su cuerpo pálido y venoso.

—Tengo que hablar con vos. Tengo que pedirte un favor —me dice, apretando mi mano entre las suyas, heladas.

La invito a sentarse y le acomodo el pelo blanco revuelto detrás de las orejas. Tiene la cara filosa y diminuta de un pajarito. Los pómulos se levantan acentuando el hueco en sus mejillas. Atrás, como alfileres, se hunden un par de ojos vidriosos.

Le sirvo el agua para el té en una taza descascarada que saco de la pileta.

—Quiero que me ayudes —dice susurrando—, y que esto quede entre vos y yo.

Asiento con la cabeza, aunque no tengo en claro de qué me está hablando. El día que llegué me confundió con mamá toda la tarde.

A partir de entonces, nada más, dejó de nombrarnos.

Su cabeza se volvió un pararrayos. Por momentos entran dos o tres ideas con una fuerza capaz de sacudir todo su entendimiento. A veces olvida, a veces recuerda demasiado. La mayoría de las veces termina turbada. Perdida.

El episodio puede durar lo que un parpadeo. O llevarle toda la tarde. Pero acaba, en algún momento. Después no pasa más nada, no queda ni siquiera el rastro.

Comenzó poco antes de la muerte del abuelo, cree mamá. Hasta entonces había estado lúcida. Después empezó a tener problemas de sueño, a dormir a deshorras y a despertar desorientada. A confundir sueño y vigilia. A olvidar el fuego prendido y el agua corriendo, la puerta abierta y la ropa, sobre la cama, aquella noche de calor infernal en que murió el abuelo, cuando decidió salir de la casa, alejarse de ese cadáver y esconderse, hasta entrada la madrugada, entre las plantas del vivero.

Su comportamiento errático me tiene obsesionada. Desde que llegué, la persigo por la casa. La miro cocinar, voy tras ella por las habitaciones, la oigo hablar entre los arbustos. La espío mientras duerme, siempre de a intervalos, y casi nunca de noche. Indago en su desmemoria: los blancos, los grises, las zonas a oscuras. Por momentos su cabeza es un avispero, el mundo extraño

y arenoso de otra anciana. De a ratos, no. De a ratos, es la de siempre.

Conocerlas, entender cada versión de ella, me ha llevado su tiempo. Todavía, a veces, me confunde y hablo con esa mujer nueva, recién venida; su otra mitad. Incluso, por momentos, ocurre que cuando hablo con mi abuela siento que nos referimos a otra gente, otro pasado que no compartimos.

Y me hace dudar.

Por eso también, a veces, aun estando con ella, la extraño.

Al principio buscaba pistas, señales de ese tránsito entre una y otra. Una suerte de frontera. O una revelación. Pero no existe un día igual a otro, ni gestos propios de una que de pronto no haga la otra, y a veces las dos mujeres se asimilan, se ensamblan, como si hablaran entre ellas.

Mi abuela y su doble.

Mamá, en cambio, no se confunde. Dice que alcanza con mirarle los ojos; ver cómo ese verde, del color de ciertas piedras preciosas, se vuelve de repente gris y acuoso.

Yo la miro y la miro, y no lo veo. La desmemoria transforma hasta la propia mirada. Todo cambia, de todo se duda. Por eso, cuando las pruebas fallan, cuando no sé con cuál de ellas estoy hablando, hago silencio: trato, como si fuera posible, de oír sus pensamientos.

Sobre la mesa de luz, junto a la caramelera, la abuela lleva en una libreta muy vieja, de tapa azul, algunas

notas en una letra quebradiza, escolar. Fue la primera recomendación del médico: que anotara sus rutinas en un diario. En cambio, la abuela, entre recetas, listas de compras y números sueltos, sin ninguna referencia, escribe las cosas que no debe olvidar.

Yo reviso la libreta mientras se baña o anda por el frente. En la primera página, sobre otro montón de anotaciones viejas, el trazo grueso del lápiz registra: «Mi marido murió hoy. Su nombre era Jacinto. Lo quise (casi todo el tiempo)».

Sobre esta nota no hay fecha.

A algunas hojas les arrancó las puntas. Otras tantas forman con su pliegue ciertas flechas que señalan datos arbitrarios, viejos, como el antiguo número de línea.

En ocasiones, cuando nos quedamos a solas, le pregunto cosas poco importantes, cosas como la hora a la que se levantó, el cruce de dos calles o el nombre de algún familiar lejano. La pongo a prueba. Cuando no sabe o no puede, hace ese gesto tan suyo de morderse el labio inferior. La boca entera le late. Y me dice, mirando hacia algún otro lado: Anita, a quién le importa, o qué cambia.

Pero por momentos acierta. Adivina la hora, el día de la semana o el año. Algunas pocas veces también es capaz de recordar detalles sobre un hecho cualquiera.

Entonces me embronco, y busco confundirla. Mezclo de nuevo caras e historias, niego episodios muy vívidos e invento cosas que nunca pasaron.

Yo también, a veces, me porto como alguien más: le hablo como una desconocida. Es que su desvarío me llena de rabia. Porque no conozco mujer más sabia que

mi abuela. Alguien capaz de señalar un punto en el espacio y decir norte, u oeste, como quien, al mirar el cielo oscuro, dice la noche. Alguien que olfatea la lluvia llegando, la inminencia de una peste o la madurez de ciertos frutos extraños.

Y porque al verla, cada vez, no puedo evitar preguntarme: ¿qué o quién nos eslabona al pasado? ¿Quiénes somos sin él?

A veces, su cuerpo recuerda lo que su mente confunde, y parece tener un tipo de memoria que perdura, dormida, entre músculos y tendones. Bajo las uñas, entre los pliegues rugosos de sus rodillas, como si aceitara sus articulaciones.

Un cuerpo que no reconoce pasado, puro presente, que sin embargo se mueve como un viejo sabio, lleno de certezas.

Un cuerpo que habla.

Un tipo de recuerdo de lo sensible que habita en sus manos llevando el pelo a la nuca, en el gesto de disgusto que hace con su boca, y en cada pequeña rutina, cada detalle que repite a diario. Algo que tampoco domina. Una fuerza instintiva y salvaje, como un rayo, que blanquea y ordena todo lo demás; un idioma que habla por ella cuando balbucea, cuando le faltan palabras, y ni ella misma se reconoce.

Eso es lo que siento en la cocina, cuando la escucho respirar como un bicho acorralado. El músculo de la memoria.

—No quiero seguir viviendo —me parece escuchar.
La voz se quiebra y me aproximo un poco más.

—Ayúdame.

El cuerpo se me encoge, le aprieto las manos.

—¿Qué dice, abuela? Está cansada. ¿Por qué no se acuesta?

Me incorporo y la tomo por los hombros, esperando que ella también se pare. Pero, en cambio, con la fortaleza de una enredadera, se aferra aún más a la silla. Mira hacia adelante. Suspira. Me dedica una expresión grave.

—Te estoy hablando en serio, Ana.